

LA COMPRENSIÓN DE LA ECONOMÍA EN EL MUNDO MEDITERRÁNEO Y LA BIBLIA



Fernando Rivas Rebaque



En la antigüedad, y en concreto dentro del mundo mediterráneo, el bien más deseado no era el dinero ni las riquezas, sino el honor o el valor que cada persona tenía para los demás. No es que no les preocupara lo que iban a comer ese día, cómo vestir a sus hijos o dónde vivir. Pero, al contrario que para nuestras sociedades actuales, el valor central no era el dinero, ni la economía era la preocupación fundamental de la gente, ni el mercado regía el destino de los pueblos. Tenían otra manera de entender la vida y, por tanto, de entender la economía.

1. Reciprocidad y redistribución, principales formas de transacción económica

En primer lugar, en la antigüedad, los sistemas económicos estaban integrados en las relaciones sociales, y la producción y distribución de bienes y servicios respondía a otros móviles que los puramente económicos. Se actuaba no solo para tener más bienes, sino sobre todo para garantizar la posición social. La mayor parte de los intercambios económicos estaban gobernados por las relaciones sociales y constreñidos por las relaciones de parentesco, comunidad y segmentación social. De hecho, las dos grandes relaciones económicas predominantes en la antigüedad son la reciprocidad y la redistribución, ocupando el mercado un lugar menor.

La mayor parte de los intercambios económicos estaban gobernados por las relaciones sociales y constreñidos por las relaciones de parentesco, comunidad y segmentación social.

a) La reciprocidad se puede entender como un *continuum* de intercambios económicos que va desde un extremo, la reciprocidad generalizada (asistencia prestada de manera gratuita), hasta el otro, la reciprocidad negativa (apropiación de los bienes del otro mediante el engaño o la fuerza), pasando por un punto intermedio: reciprocidad equilibrada («te doy lo que me des»).

• La *reciprocidad generalizada* la podemos descubrir en formas como la hospitalidad, la ayuda mutua o la generosidad entre parientes o jefes. El aspecto social de esta relación está por encima del material: no es que no haya obligación de corresponder, pero no se establece ni el tiempo ni la cantidad, y no hay por qué equilibrar la donación. Es además una relación interpersonal: homenaje, si se produce de lo bajo hacia lo alto; limosna o beneficencia, si se da de lo alto a lo bajo, o generosidad, si se produce entre iguales.

En la Escritura, Dios aparece como el origen, promotor y principal exponente de la reciprocidad generalizada: «Venid por agua, todos los sedientos; venid, aunque no tengáis dinero; comprad trigo y comed de balde, vino y leche sin tener que pagar» (Is 55,1, promesa que se cumple plenamente en Mc 6,30-44: multiplicación de los panes). Una generosidad que, partiendo del ámbito doméstico, estaba llamada a extenderse por los diferentes segmentos sociales, hasta llegar a los nobles, ricos y gobernantes, de los que se esperaba que se comportasen como generosos benefactores. La reciprocidad generalizada va a ser, de hecho, uno de los termómetros para descubrir si nos encontramos realmente ante una auténtica casa-familia y unos nobles dirigentes dignos de esta autoridad.

• La *reciprocidad equilibrada* (lo recibido equivale, más o menos, a lo dado) aparece en las transacciones matrimoniales, los pactos de fraternidad y sangre o los acuerdos de paz. La entrega y devolución deben realizarse dentro de lo establecido. En este caso, el aspecto material es tan importante como el social.

El ámbito de vecindad va a ser uno de los espacios privilegiados de esta reciprocidad equilibrada, tan necesaria para la convivencia; de ahí que Jesús lo use como ejemplo, menor –eso sí–, de las relaciones con Dios («amigo, préstame tres panes...»: Lc 11,5-13) y las relaciones interpersonales («tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros»: Lc 6,31).

• La *reciprocidad negativa* consiste en obtener algo gratuitamente o con la mayor ganancia posible. Es el caso de las trampas, los robos, las guerras y otras formas de apropiación.

«Mirad, el jornal de los obreros que segaron vuestros campos y ha sido retenido por vosotros [los ricos] está clamando. Mirad, los gritos de los segadores están lle-

gando a oídos del Señor todopoderoso. En la tierra habéis vivido lujosamente y os habéis entregado al placer; con ello habéis engordado para el día de la matanza. Habéis condenado, habéis asesinado al inocente y ya no os ofrece resistencia» (Sant 5,4-6). Por el contrario, en la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37), a la reciprocidad negativa inicial de los ladrones se le opone la reciprocidad generalizada final del buen samaritano. Una llamativa inversión de esta parábola la encontramos en la parábola del perdón (Mt 18,23-35), donde el servidor real, agraciado con el perdón incondicional del rey a su inmensa deuda, responde con la más dura de las reciprocidades negativas a su compañero, que le debe una pequeña cantidad, de ahí su justa condena.

b) La redistribución consiste en un movimiento inicial de apropiación hacia un centro y, luego, en su devolución, en parte, hacia el exterior, lo que exige que haya un centro de almacenamiento y después su distribución posterior. Actúa como un ritual de subordinación a la autoridad central. En estos casos se produce una continua lucha entre las diferentes personas y colectivos por las posiciones que permitan el control de estos recursos, por lo que se produce una estrechísima conexión entre poder, estatus y riqueza. En el Imperio romano, este proceso de redistribución se lleva a cabo fundamentalmente a través de los impuestos: de las provincias a la capital y de los estamentos inferiores a las élites.



Ruinas de Pompeya

Por eso, las controversias en torno al pago de los tributos (impuestos) tienen un altísimo componente político en la antigüedad y cualquier opinión en torno a este tema podía ser considerado muy peligroso por incitar a la sedición o rebelión. De hecho, en uno de los textos evangélicos relacionados con la obligación de pagar los tributos (Mc 12,13-17 y paralelos), esta es la cuestión que subyace a la pregunta a Jesús, y no deja de ser curioso que, en Marcos, la planteen «fariseos y herodianos». Un componente «político» que no solo existe en las relaciones conflictivas entre el Imperio romano y sus provincias, sino, dentro de estas mismas, en el enfrentamiento que se produce entre los componentes de las élites locales (aristocracia) y los estamentos inferiores, sobre todo los campesinos, obligados a pagar las rentas. Por eso no resulta extraño que, justo en el relato anterior al tributo del César, tanto Marcos como Lucas –y Mateo en parte– hayan colocado la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12 y paralelos), donde el amo de la viña –rico terrateniente– no recibe el tributo correspondiente de aquellos a los que se les había arrendado.

2. Economía de bienes limitados y economía moral, conceptos fundamentales para comprender la economía en la antigüedad

En segundo lugar, el concepto que las personas de la antigüedad tenían de la economía era, además, muy diferente del nuestro, ya que, para ellas, la economía era entendida como economía de bienes limitados y economía moral.

Las controversias en torno al pago de los tributos (impuestos) tenían un altísimo componente político en la antigüedad y cualquier opinión en torno a este tema podía ser considerado muy peligroso por incitar a la sedición o rebelión.

a) *Economía de bienes limitados* significaba que la inmensa mayoría de la población de la antigüedad percibía su existencia marcada por los recursos naturales y sociales, que veían como escasos y en cantidades muy limitadas. Por ello, el incremento de la riqueza es aceptable si procede del exterior (trabajo, favores del patrono, azar), pero, si viene del interior, dado que el total de los bienes de la comunidad permanece intacto, supone haber privado a otro de los bienes limitados. Por eso los ricos son considerados en multitud de ocasiones como ladrones.

Es desde este contexto desde donde hay que comprender la crítica profética a los ricos: «¡Ay de los que convierten la justicia en acibar y arrastran por el suelo el derecho! [...]. Conozco bien vuestros muchos crímenes e innumerables pecados: estrujáis al inocente,

aceptáis sobornos, atropelláis a los pobres en el tribunal» (Am 5,7.12). «¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos hasta no dejar sitio y vivir ellos solos en medio del país!» (Is 5,8). «¡Ay de los que decretan decretos injustos, de los notarios que registran vejaciones, que dejan sin defensa al desvalido y niegan sus derechos a los pobres de mi pueblo, que hacen su presa de las viudas y saquean a los huérfanos!» (Is 10,1-2).

De ahí la existencia de mecanismos sociales que obliguen a los que se enriquecen a redistribuir parte de sus bienes (fiestas, comidas en común, edificios), estrategias defensivas para mostrar a los demás que no arrebatan bienes a nadie (trabajo duro, vida frugal), y el establecimiento de alianzas con miembros del estamento superior (patronazgo) para los momentos más difíciles.

b) *Economía moral*. Dado que la mayoría de la población tenía como preocupación fundamental la subsis-

tencia, se van a establecer una serie de mecanismos de defensa de este «mínimo vital». De ahí la creencia extendida de que todas las personas tenían derecho a una renta mínima, que se situaba en torno a tres áreas básicas: casa, alimento y vestido (consideradas como «lo necesario»), sujetas a una estrecha regulación de carácter moral. La ausencia de uno de estos tres elementos suponía no solo la pobreza, sino el deshonor y la continua dependencia.

En este sentido, no deja de ser significativo que, justo después de la parábola del rico insensato de Lc 12,13-21 (que analizaremos al final de este artículo), y como contraste con la actitud que allí se descubre (avaricia), Lucas coloque a continuación un relato sobre la confianza en la providencia divina, que culmina con la invitación a la limosna (Lc 12,21-34). Lo interesante es que, en este caso, aparecen dos de los campos que componen esta economía moral, alimento y vestido, mientras que la casa no está presente, quizá porque Dios actúa como *paterfamilias* implícito de esta casa-familia de los hijos e hijas de Dios que es la comunidad creyente, que se va a constituir como casa-familia sustitutiva que asegura el alimento y vestido para todos sus miembros, especialmente para los que ya han abandonado sus casas-familias.

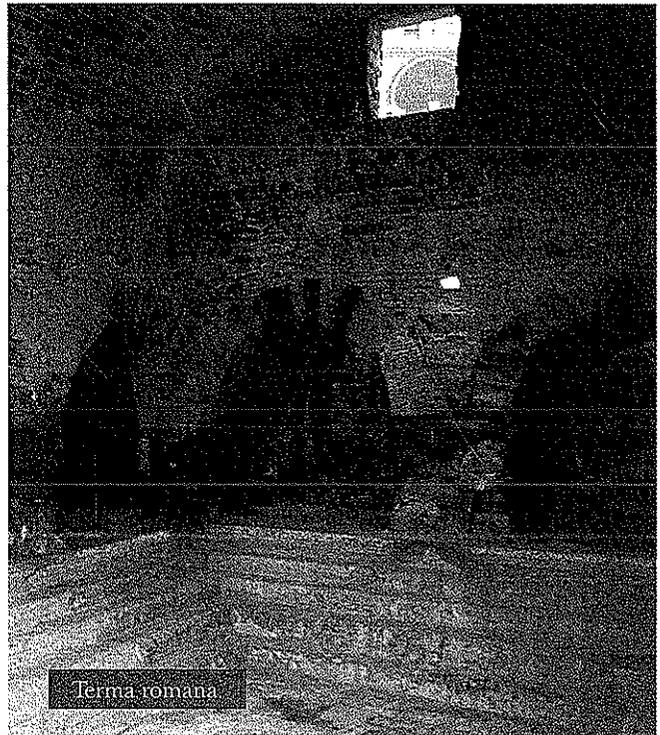
Lo importante no era si se tenían muchos bienes o no, sino las maneras de adquirirlo y, sobre todo, de gastarlo: si se ganaba a costa de otro, era injusto; si se guardaba por avaricia o se gastaba para los propios deseos, era malo; si se ganaba con inteligencia o duro trabajo y se gastaba en el cumplimiento de las obligaciones sociales, era bueno.

«Tu padre [del rey Joaquín] comía y bebía, pero practicaba la justicia y el derecho, y todo le iba bien. Defendía la causa del humilde y del pobre, y todo le iba bien» (Jr 22,15-16). La parábola del rico y Lázaro (Lc 16,19-31) va a ser uno de los modelos más evidentes del mal uso de los bienes por parte de los ricos en los tres campos considerados como básicos por la

economía moral: el alimento (al banquete del rico y sus amigos se opone el hambre de Lázaro), el vestido (frente a los lujosos vestidos de los ricos, Lázaro se encuentra en harapos) y la casa (rica mansión con esclavos en el caso del rico, sin hogar en el caso de Lázaro).

De aquí la fuerte resistencia frente a quienes no respetaban este mínimo vital, viviendo en el mundo de lo superfluo, a quienes consideraban como ajenos a la propia comunidad («forasteros») y carentes de honor («avaros, usureros»), sometiéndolos a un proceso de marginación y exclusión social por medio de habladurías, chismes, denuncias...

Los recaudadores de impuestos, considerados como uno de los grupos más implicados en la extorsión del campesinado por parte de las élites locales, van a ser uno de los principales objetivos de estas críticas, de



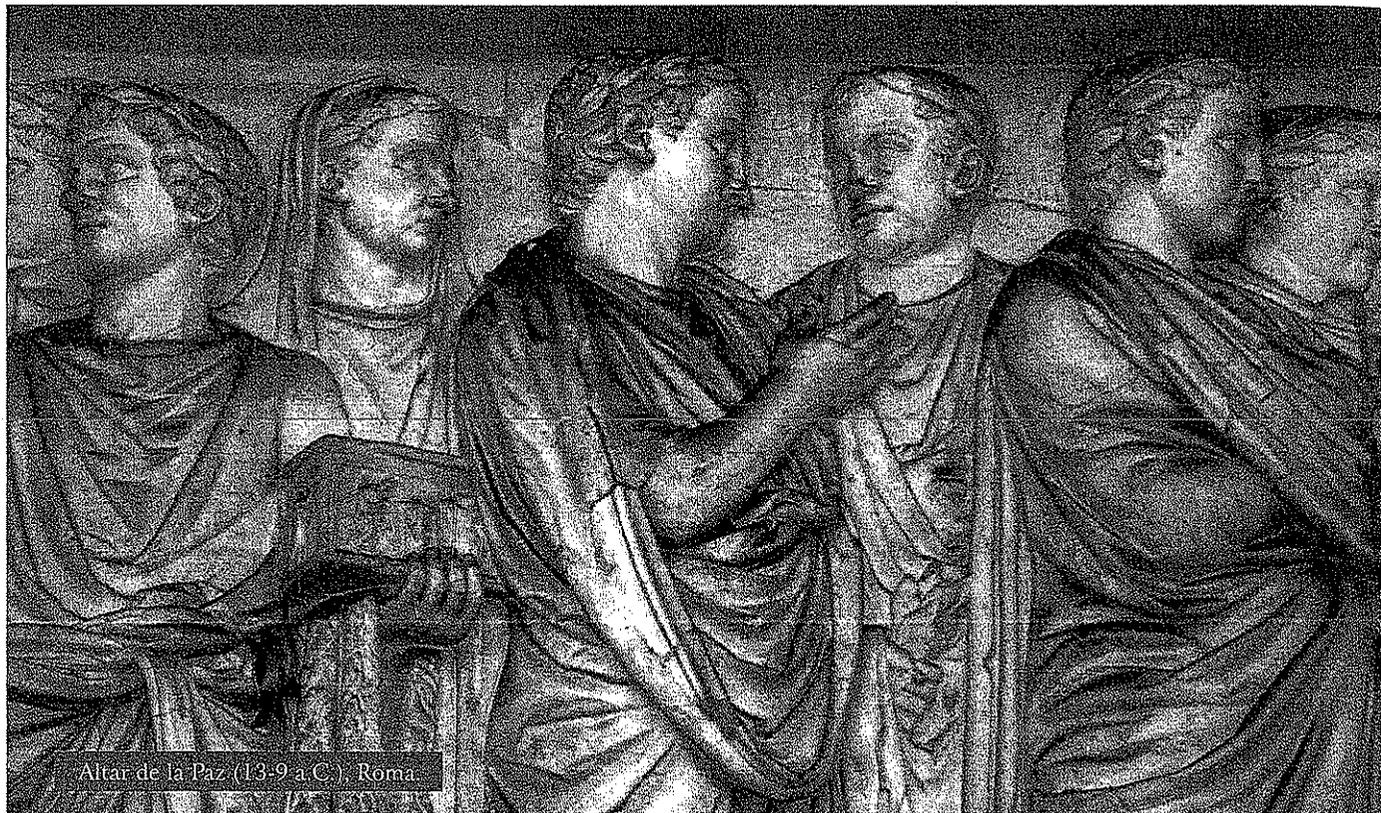
Terma romana

aquí su valoración como «publicanos y pecadores». Cualquier contacto con ellos suponía aceptar esta dinámica. Que Jesús sea considerado como «amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,19), que se autoinvite a la casa de uno de ellos, Zaqueo (cf. Lc 19,1-9), e incluso llamara a Mateo, otro recaudador de impuestos, a su seguimiento (cf. Mt 9,9-12), tiene un importantísimo significado social y político en la práctica de Jesús.

Unida a esta resistencia se produce un aumento de la solidaridad intragrupal mediante la participación comunitaria y la creación de una serie de valores para potenciar lo local frente a la presión de los ricos forasteros y sus valores.

«Y vosotros, ricos, gemid y llorad ante las desgracias que se os avecinan. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos son pasto de la polilla. Vuestro oro y vuestra plata están oxidados, y este óxido será un testimonio contra vosotros y corroerá vuestras carnes como el fuego. ¿Para qué amontonar riquezas si estamos en los últimos días?» (Sant 5,1-4).

Se tenderá, pues, al ideal del justo medio, ya que tanto la carencia (pobres) como el exceso (ricos) no hacen sino producir fracturas en el plano personal (egoísmo, avaricia, desesperación...) y en el plano social: ruptura de la armonía social, agresiones entre los grupos, rebeliones internas.



Altar de la Paz (13-9 a.C.). Roma.

3. Algunos factores básicos en la antropología económica

En tercer lugar, la economía estaba estrechamente relacionada en la antigüedad con una serie de factores antropológicos que marcaban decisivamente cualquier tipo de transacción económica, como son el parentesco, la jerarquía, la fortuna o riqueza y las necesidades, y si se trata de bienes percederos o no.

a) El parentesco cercano (familia) obliga a una reciprocidad generalizada, mientras que en los sectores intermedios (vecinos, conciudadanos) se tiende a una reciprocidad equilibrada, que pasa a negativa con respecto a los lejanos. Por eso, mientras los parientes próximos tienden a compartir, no es necesario dar a los no parientes o a los sectores periféricos. La inclinación hacia los que no tienen está más marcada en el interior de las comunidades locales que en las relaciones de los pueblos entre sí.

La lógica de Hechos («la multitud de los creyentes tenían una sola alma y un solo corazón. No llamaban propia a ninguna de sus posesiones, antes bien, lo tenían todo en común»: Hch 3,2) solo es comprensible desde la consideración de la comunidad como familia de los hijos e hijas del Padre Dios. Todo lo que menoscabe esta reciprocidad generalizada será considerada como una ruptura grave de esta «familia» (cf. el caso de Ananías y Safira: Hch 5,1-11).

b) La estructura jerárquica influye sobre las relaciones económicas de tal manera que podemos establecer la fórmula «ser noble es ser generoso». Pero, al mismo tiempo, el desequilibrio económico es uno de los mecanismos de arranque de la jerarquía y el liderazgo, hasta tal punto que podemos decir que «la persona que se

muestra generosa acabará siendo reconocida como noble», pues el agradecimiento hace de los beneficiados seguidores suyos.

En la antigüedad greco-romana, a esta generosidad de los estamentos superiores se denomina «evergetismo» (*eu*, «bien»; *ergein*, «actuar»), considerado como uno de los pilares del sistema social. Los ricos hacen «buenas obras» por la sociedad (financiar los espectáculos o edificios públicos, pagar algunos banquetes...) y a cambio la sociedad les otorga títulos y emblemas honoríficos (estatuas, placas conmemorativas, aplausos): «Los reyes de los paganos los tienen sometidos y los que imponen su autoridad se hacen llamar sus bienhechores» (Lc 22,55). Jesús propone otra lógica: «Vosotros no seáis así; antes bien, el más importante entre vosotros sea como el más joven, y el que manda como el que sirve» (v. 56).

c) La fortuna o riqueza es otro de los elementos antropológicos que más influyen en los intercambios económicos, pues el nivel de reciprocidad generalizada llega habitualmente a su punto culminante con ocasión de ganancias inesperadas debidas a la suerte, dado que en estos momentos todos pueden sacar provecho de la situación. Se espera de esta persona que se comporte de manera generosa, pues la ganancia no le ha costado un especial esfuerzo, sino que ha sido fruto del azar.

Es dentro de esta dinámica como se puede ampliar nuestra comprensión de la actitud de Zaqueo: «Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y, si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más» (Lc 19,8). Caso contrario es la parábola del rico insensato (Lc 12,16-21), que veremos con posterioridad.

d) En momentos de necesidad, la solidaridad interna y, por lo tanto, la reciprocidad generalizada (el don)

Se espera que las personas con más bienes, y sobre todo, las personas colocadas en la cúspide de la estructura jerárquica sean las que más contribuyan a solucionar los problemas, a administrar sabiamente los bienes comunes y a poner en circulación los recursos alimentarios.

suelen elevarse por encima de lo acostumbrado, especialmente con respecto a los sectores sociales más afectados. Se espera además que las personas con más bienes y, sobre todo, las colocadas en la cúspide de la estructura jerárquica sean las que más contribuyan a solucionar los problemas, a administrar sabiamente los bienes comunes y a poner en circulación los recursos alimentarios. Una ayuda que será especialmente recordada, generando estrechísimos vínculos de solidaridad interna.

El episodio de Elías y la viuda de Sarepta (1 Re 17,9-24), la actitud de benevolencia de Booz hacia Rut y Noemí o la colecta de Pablo por «los pobres» de Jerusalén (cf. Rom 15,25-29; 1 Cor 16,1-4) son algunos modelos del comportamiento socialmente aceptable en momentos de necesidad.



e) El que los bienes sean perecederos o no es fundamental para la economía, sobre todo en el caso de los alimentos, que adquieren un enorme valor social. El alimento es dador de vida y habitualmente está asociado a la tierra y al hogar, cuando no a la madre. El alimento compartido es uno de los cauces privilegiados de afirmación ritual de las relaciones sociales, es algo sobre lo que los parientes tienen derechos y deberes, y nunca se comparte con un extraño o enemigo. Los alimentos poseen demasiado valor social como para tener valor de cambio, por lo que lo único que se puede hacer con ellos es consumirlos o darlos.

La multiplicación de los panes y los peces (Mt 14,21-31 y Jn 6,1-13), así como las diversas comidas de Jesús, eucaristía incluida, pueden ser vistas así desde la perspectiva de dadoras de vida y generadoras de comunidad.

4. Lectura de la parábola del rico insensato (Lc 12,16-21) desde una perspectiva socio-económica

En el relato lucano del viaje de Jesús a Jerusalén encontramos una serie de exhortaciones de Jesús (Lc 12,1-13,9), entre las que se encuentra una advertencia contra la avaricia que nace de un diálogo previo acerca de las disputas familiares sobre la herencia (Lc 12,13-15). La conclusión de esta advertencia, de un marcado corte sapiencial («aunque se nade en el abundancia, la vida no depende de las riquezas»: Lc 12,15), va a preceder y dar lugar a la parábola del rico insensato (Lc 12,16-21), que solo se encuentra en Lucas y que algún biblista ha calificado más que como parábola como *ejemplo*, es decir, un relato que marca las pautas de conducta para los creyentes. La parábola en cuestión dice así:

• v. 16: «Había un hombre rico cuyos campos dieron una gran cosecha». El inicio del relato nos ofrece,

de manera resumida, como suele ser usual en muchos relatos de la antigüedad, tres claves precisas para una correcta comprensión del mismo: 1) nos encontramos ante un miembro del estamento superior, uno de los típicos terratenientes de la antigüedad («un hombre rico», dice el evangelio), cuya jerarquía le obligaría a la reciprocidad generalizada; 2) la fortuna le ha favorecido, además, con una «gran cosecha», en cuyo caso la reacción culturalmente esperada sería la generosidad, porque el azar le ha concedido unos bienes por los que no ha tenido que hacer un especial esfuerzo; 3) se nos habla, por último, de un bien perecedero (alimento), lo que vendría a reforzar esta invitación a la gratuidad: lo mejor que se podía hacer con estos bienes es compartirlos, ya que podían echarse a perder. Además, con esta generosidad se generarían unos profundos vínculos de solidaridad con los demás.

• v. 17: «Entonces empezó a pensar: “¿Qué puedo hacer? Porque no tengo dónde almacenar mi cosecha”. Y, sin embargo, este hombre rico no se plantea en ningún caso responder a las expectativas culturales que se tenían sobre él. En vez de en la generosidad (algo resaltado en el texto por el hecho de que la cosecha ha sido tan abundante que ha sobrepasado sus posibilidades de acumulación), piensa en la avaricia, la forma más contraria a la economía moral. No le importa convertirse en un «forastero» insolidario, carente de honor, que solo piensa en acumular bienes para sí.

• v. 18: «Y se dijo: “Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros, construiré otros más grandes, almacenaré en ellos todas mis cosechas y mis bienes”. A pesar de tener más de lo necesario, e incluso mucho más de lo superfluo, el hombre rico planea solucionar su «problema» (exceso de la cosecha) con la salida más

contraria a la economía de bienes limitados: la acumulación inmoderada de bienes perecederos, lo que suponía reducir a los otros a la necesidad e incluso al hambre. Una acumulación que le permitiría, además, aprovecharse con posterioridad de la situación, con una subida del precio de los alimentos cuando hubiese carestía de ellos. El lucro inmoderado, unido a la avaricia, va a dar lugar a una de las situaciones más temidas en la antigüedad: la concentración de los alimentos en manos de unos pocos.

• v. 19: «“Y yo me diré: ‘Ahora ya tienes bienes almacenados para muchos años: descansa, come, bebe y pásalo bien’”». El rico es considerado no solo como avaricioso, y por tanto ladrón, para la mentalidad de su época, sino que además emplea sus riquezas para su propio y exclusivo placer, algo severamente castigado por la economía moral, pues el disfrute de los bienes no es considerado como malo en sí mismo: estos tres mismos verbos («comer», «beber» y «pasarlos bien») son presentados como algo legítimo en Eclo 8,15. El uso exclusivo del «yo» en

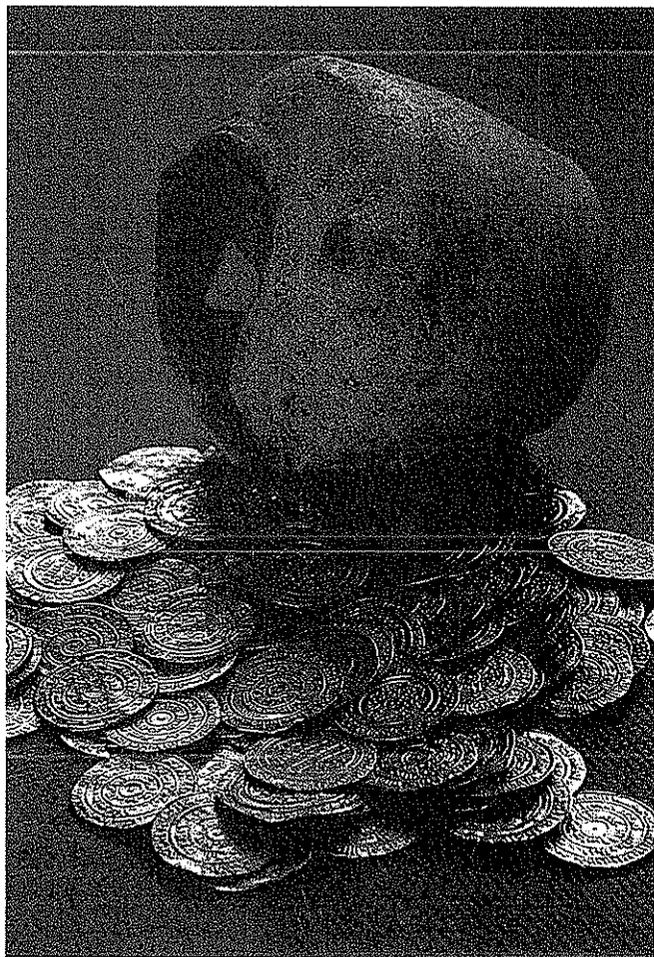
los vv. 18-19 viene a resaltar este egoísmo insolidario que ya había sido expresado antes, con su final incluido, en la tradición sapiencial a la que pertenece esta parábola: «Hay quien se enriquece con inquietudes y avaricia, y esta será su recompensa: cuando dice: “Ya puedo descansar, ahora disfrutaré de mis bienes”, no sabe cuánto pasará hasta que muera y tenga que dejársela a otros» (Eclo 11,18-19).

• v. 20: «Pero Dios le dijo: “¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién va a ser todo lo que has acumulado?”». La crítica al rico queda completada con otra denuncia, ahora puesta en boca de Dios: el rico es un insensato que no conoce que «bien y mal, vida y muerte, pobreza y riqueza vienen de Dios» (Eclo 11,14). Un

Lo mejor que se podía hacer con los bienes perecederos es compartirlos, ya que podían echarse a perder. Además, con esta generosidad se generarían unos profundos vínculos de solidaridad con los demás.

«insensato [que] decía en su corazón: “No hay Dios”» (Sal 53,1) y descubre ahora que es este mismo Dios el que le anuncia el resultado lógico de su comportamiento, su muerte. La muerte a la que pensaba condenar a los otros por su avaricia cae ahora, de improviso, sobre él como una condena divina.

La línea sapiencial de Lucas viene así a sumarse, en clave personal, a lo que la apocalíptica ya había predicho más un siglo antes de manera colectiva: «¡Desgra-



cia para vosotros, que adquirís el oro y la plata con la injusticia! Decís: “Hemos llegado a ser ricos, a tener fortuna y propiedades, y hemos conseguido lo que hemos deseado”» (cf. Jr 22,13-17; Miq 3,10; Ap 3,7). Realicemos ahora nuestros proyectos, porque hemos acumulado plata, llenan nuestros depósitos hasta el borde, como agua, y numerosos son nuestros trabajadores (cf. Am 8,5). Como agua se derramarán vuestras quimeras, porque vuestra riqueza no permanecerá, sino que súbitamente volará de vosotros, porque la habéis adquirido con injusticia y seréis entregados a una gran maldición (cf. Hab 2,5-8)» (*Libro de Henoc [etiópico]* 97,8-10).

El rico avaricioso e insensato, como ya anticipaba Eclo 11,19, va a descubrir demasiado tarde que no puede disfrutar de los bienes por los que tanto se ha preocupado, que irán a parar a manos de otros. Aparecen así dos de las críticas más habituales en la diatriba cínica sobre las riquezas, de honda raíz popular: las riquezas producen «preocupaciones» que nos impiden ser felices y no están bajo nuestro control, sino que más bien somos nosotros los que estamos bajo el suyo.

• v. 21: «Así le sucede a quien atesora para sí en lugar de hacerse rico ante Dios». Frente a la habitual «tesaurización» de los bienes, la moraleja que este «ejemplo» va a proponer al rico es «hacerse rico ante Dios», es decir, la práctica de la «limosna redentora» (dinero a cambio de vida eterna), algo que aparecerá justo en Lc 12,33-34: «Vended vuestras posesiones y dad limosna. Acumulad aquello que no pierde valor; tesoros inagotables en el cielo, donde ni el ladrón se acerca ni la polilla roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón». Una práctica ya presente en el judaísmo tardío (la limosna quita los pecados, cf. Dn 4,24; Eclo 3,20; Tob 4,7-11.15), que el cristianismo continuará con ciertas modificaciones.

Por el contrario, el apócrifo *Evangelio de Tomás* dice: «Había un hombre rico que tenía mucho dinero. Un día se dijo: “Voy a usar mi dinero para sembrar y para

cosechar, para plantar y llenar mis graneros de provisiones, de modo que no me falte nada". Esto es lo que pensaba el rico en su corazón; pero resulta que aquella misma noche se murió. El que tenga oídos, que preste atención» (*EvTom* 63). A pesar de los grandes parecidos entre los dos relatos, el apócrifo elimina muchos elementos económicos de su tiempo que hacían lógico y comprensible el desarrollo lucano, con un final más moralista e individual, en vez del sapiencial y solidario de Lucas.

Conclusión

Descubrir cómo se entendía la economía en la Escritura, de una forma tan diferente a la nuestra, nos sirve para no caer en el fácil anacronismo de leer su cultura desde nuestros conceptos

o en la prepotencia de verlo como algo propio del pasado y, por tanto, obsoleto y caduco. También en el campo de la economía, la Biblia tiene muchas cosas que enseñar y que decir a nuestra realidad actual, tan alejada de la justicia y los derechos humanos en este terreno.

No deja de ser curioso que muchos de los elementos presentes en la «economía de bienes limitados» y la «economía moral» empiecen a ser reivindicados hoy por numerosos grupos y movimientos actuales como clave de bóveda de cara a establecer una economía más humana, justa, ecológica y solidaria. Y que virtudes como la austeridad, el autocontrol, la capacidad de compartir y la mirada puesta en los más necesitados, tan necesarias para una economía del decrecimiento, puedan encontrar uno de sus más sólidos fundamentos en la propia Escritura. ■